
El feminismo como modelo ilocucionario*

María Pía Lara

En este primer capítulo, desarrollaré un modelo de reconocimiento que provee de una dimensión filosófica acerca de cómo relacionar el orden simbólico y la cultura con un paradigma comunicativo. Para el desarrollo de este modelo, tomaré al feminismo como mi referencia empírica, argumentando que este movimiento ejemplifica la interpenetración de las esferas ética y estética de una forma histórica sin precedentes. Definiré mi modelo sobre la base de que los discursos producidos por el feminismo han conquistado el espacio público de una forma más bien original. El éxito de estos esfuerzos es lo que llamaré “fuerza ilocucionaria”,¹ la cual será definida e ilustrada en este capítulo.

No hay sólo una teoría feminista, como tampoco existe sólo una teoría política o una revolución cultural. El feminismo como movimiento intelectual es el resultado de diversas teorías, de formas diferentes de investigación que se han llevado a cabo dentro de las áreas política, económica y social. El feminismo no es sólo un tema intelectual. Es una lucha, una revolución que comprende una enorme gama de estrategias y puntos de vista que han posibilitado

* Este es el primer capítulo del libro, *Texturas Morales. Las narrativas feministas como fuerzas ilocucionarias*, que fue escrito en inglés y está en proceso de revisión para su publicación en una editorial inglesa.

¹ El término “ilocución” proviene de la filosofía del lenguaje, principalmente de J. L. Austin y J. Searle, quienes hacen referencia con él (“fuerza ilocucionaria”) a la ejecución de un acto (compromiso) en la realidad al emitir un enunciado, generalmente enmarcado en un conjunto de normas que lo definen y delimitan, como por ejemplo “Yo te bautizo”. La sistematización del término ha sido llevada a cabo más recientemente por Jürgen Habermas, quien, además lo ha incluido en el marco de una Teoría de la Acción Comunicativa, confiriéndole a la comunicación la potencialidad de llegar a un entendimiento a través de la fuerza del mejor argumento (N. de las E.).

las transformaciones fundamentales en lo que ahora experimentamos y lo que continuaremos experimentando en el futuro. Transformaciones de nuestro entendimiento básico de la vida y la cultura, de la naturaleza y la razón y, sobre todo, de nosotros como seres humanos autorreflexivos y agentes autointerpretativos.

Mi objetivo es señalar los elementos comunes del “universalismo” en este movimiento multifacético que caracteriza la lucha por el reconocimiento de la identidad moral de las mujeres. Al iluminar la dimensión compartida universalista, situaré al “reconocimiento” como una “fuerza ilocucionaria” mediadora entre las instituciones y la opinión pública. Esta fuerza lingüística pública ha sido constituida a través de diferentes discursos que han recuperado y reconstruido narrativas del pasado, al mismo tiempo que las han proyectado al futuro, logrando con ello el avizoramiento de una cultura utópica que permite vislumbrar mejores formas de vida. Para lograr el éxito de este esfuerzo, las narrativas feministas han tenido que inventar metáforas que proveen de nuevas formas de simbolización cultural en la autocomprensión y la autointerpretación de los sujetos sociales. Mi tesis es que estas narrativas no son solamente una construcción dentro de la esfera estética, sino que además, han abierto un espectro de reflexión más amplio acerca de los canales democráticos participativos en los que la opinión pública juega un papel fundamental y en cómo se configuran a través de ella las grandes interconexiones entre la justicia y la vida buena (la felicidad). Esta dinámica muestra el carácter no *a priori* acerca la separación de la esferas pública y la privada, así como la ampliación de la concepción de los agentes morales y de las capacidades humanas relacionadas con la autonomía y la autenticidad como texturas morales.

Me referiré a las diversas luchas feministas como un esfuerzo coherente que puede ser entendido colectivamente como una “fuerza ilocucionaria” en los niveles académicos, cultural y social, así como en diversas teorías que han ayudado a establecer y cuestionar nuestras tradiciones históricas. Soy consciente de la forma un tanto heterodoxa de esta posición, pues las feministas han subrayado los rasgos particularistas de los puntos de vista de los actores, especialmente, de los utilizados por los hombres. Esta insistencia crítica ha dado lugar a un número importante de investigaciones que han asumido visiones “anti-universalistas”, señalando las diferencias ya no sólo de género, sino también de clase, de raza y de orientación sexual.

Sin embargo, encuentro que existe suficiente evidencia como para hablar del feminismo más allá de las visiones particularistas y a pesar de las diferencias ideológicas que existen entre los distintos puntos de vista, en lo que he llamado nuevas formas de definir y entender nuestras nociones del bien y de la justicia. Esta lucha se ha constituido a través de la tematización de la igualdad, en forma tal que se ha construido un espacio “texturizado” en el cual las personas pueden considerarse valiosas como seres humanos y dignas de respeto. En otras palabras, debemos concebir al reconocimiento como un reclamo más amplio que el de la sola exigencia de respeto o más allá de ser una necesidad antropológica inmanente vinculada al desarrollo moral. El reconocimiento es una lucha importante dentro de la dinámica de las sociedades civiles y de las culturas democráticas derivadas de los espacios públicos. Contribuye a estos discursos y se ve fortalecida a través de ellos, al mismo tiempo que halla apoyo institucional para una exigencia que provee de nuevas autoconcepciones de un “nosotros” ampliado.

Para demostrar esto, recuperaré la insistencia reciente que han tenido los estudios narrativos especialmente relevantes para nuestra comprensión de cómo se construyen las identidades, y fundamentalmente, desde un cambio de perspectiva que parte de la narratividad ontológica a diferencia de la representacional. Con este enfoque, deseo sugerir que la vida social está constituida por *historias* y que los esfuerzos de las mujeres para lograrla —en términos narrativos— ha sido enfocado desde una perspectiva de las *condiciones ontológicas de sus luchas en la vida social*. Mostraré cómo estas nuevas historias han guiado a la acción y cómo las mujeres han construido sus identidades (aun entendiendo a éstas como múltiples y cambiantes) mediante el proceso de situar sus narraciones dentro de un repertorio nuevo de tramas historizadas. Son tales “experiencias” las que se constituyen por sí mismas como *narrativas*, las que han llevado a las mujeres a actuar de una cierta forma y no de otra, pues lo hicieron sobre la base de proyecciones, expectativas y memorias derivadas de un repertorio múltiple de narrativas sociales, culturales y públicas.

El modelo de “fuerza ilocucionaria” que deseo describir aquí surge entonces de las narrativas que las mujeres han escrito para reconstruir sus “raíces” históricas, políticas y culturales. Y al hacerlo, han proporcionado una nueva imagen de las “mujeres”. Mi tesis

es que las mujeres han logrado el conocimiento a través de la narrativa. Este conocimiento se desarrolló primero en lo que hoy se conoce como “contrapúblicos”. En segundo lugar, en los diferentes papeles que jugaron las mujeres en la esfera pública. Y en tercer lugar, en las proyecciones que lograron esas nuevas narrativas acerca del pasado y que posibilitaron una visión utópica del futuro. Como formas narrativas configuraron también ejercicios autorreflexivos. El acto de contar una historia es también el de proyectarla sobre el futuro.

Al situar estos esfuerzos narrativos en el cambio histórico ocurrido durante y después de la Revolución francesa en Francia, Inglaterra y Alemania, me ocupo no sólo de los nuevos desarrollos de las teorías narrativas, sino también de la noción habermasiana de esfera pública² como una red de interacciones cultural, política y literaria, en la cual la literatura y la palabra escrita, tanto como las fuentes gráficas y simbólicas, son consideradas como aspectos muy importantes de los públicos específicos, porque ellos crearon una retroalimentación entre los lectores y los autores, entre el público y sus artistas. Desde esta perspectiva, los escritores crearon nuevas corrientes de pensamiento cuando lograron mediar entre los reclamos públicos y los privados. Al recibir primero la atención y luego la comprensión de otros grupos, las feministas han tenido éxito al hacer de sus exigencias “fuerzas ilocucionarias”. El feminismo construyó una narrativa que reconfiguró los nuevos valores y la imagería de la Ilustración, los así llamados ideales del “hombre” como ciudadano, de la representación simbólica del universalismo y la razón y de la “mujer” como “guardiana de la casa” que representa simbólicamente lo particular. Las feministas han llamado la atención acerca de cómo estas diversas imágenes y concepciones llevaron de hecho a construir conceptos de “lo otro”, a concebir a la “humanidad”, “al individuo”, a lo “razonable”, “al sujeto” no como representaciones del universal sino —paradójicamente— desde la unilateral perspectiva masculina. Un grupo particular —los hombres— se apropió de un

² Jürgen Habermas (1981), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, traducido por Antoni Domènech, con la colaboración de Rafael Grasa, Barcelona; Gustavo Gili.

conjunto de categorías que supuestamente designaban nuevas virtudes morales y epistemológicas de la razón universal. Al narrar la parcialidad de este enfoque ilustrado, las historiadoras feministas han tenido que construir “puntos de ruptura”, hallando en ellos los momentos en los que las mujeres tuvieron algún poder o participación en las formas importantes de configurar los espacios culturales. Las feministas de la teoría política han tenido que deconstruir las conceptualizaciones utilizadas como categorías del liberalismo y la democracia; y criticar la parcialidad de las bases normativas en las que se fundamentó la teoría política misma. Las feministas tuvieron que inventar nuevos términos para designar lo que estas narrativas querían decir por “universalismo”, hipostasiando lo particular oculto en estas visiones. Las filósofas feministas tuvieron que cuestionar la misma empresa de la “democracia” como tal, donde las mujeres nunca fueron parte de la justicia. Y argumentaron que la separación entre la justicia y la vida buena implicó una estrategia para relegar a las mujeres al mundo privado. Las feministas vinculadas a los estudios y prácticas legales tuvieron que construir un interpretación hermenéutica de la ley constitucional y redefinirla a partir de los términos en los que en la vida cotidiana se designan los derechos “individuales” y los derechos “ciudadanos”. Introdujeron nuevas formas de referirse a lo público y alertarlo acerca de la necesidad de considerar el daño político e ideológico que se hizo con las leyes escritas que marginaban los problemas de las mujeres al ámbito privado y al no reconocer legalmente la desigualdad de poder entre los sexos. Las críticas literarias han desarrollado narrativas feministas al buscar en los relatos de las escritoras que, a pesar de estar relegadas a la esfera privada, encontraron formas de dirigirse al público y transformar las nociones de subjetividad. Las psicólogas tuvieron que realizar investigaciones sobre la diferente forma en que las mujeres conciben el territorio moral como una fuente de cuidado relacional con y hacia los demás.

En un momento determinado, todos estos esfuerzos se conjuntan para crear una narrativa más amplia. Las autobiografías, las representaciones políticas del orden moral en la esfera pública, las reinterpretaciones de los autores de la Ilustración y finalmente todo un conjunto de nuevas metáforas como “la política del cuerpo” y “la ética del cuidado” crearon una nueva historia sobre el “género”. Esta narrativa demostró cómo las teorías de la Ilustración fracasaron en

sus definiciones de justicia e igualdad pues el objetivo de universalización no se cumplió jamás. Esta nueva narrativa acerca de la Ilustración transformó nuestra cultura. Ya no es posible entender los diferentes niveles de desigualdad como “verdades”, sino como relatos parciales que llevaron a prácticas injustas de diversos tipos. Este es el resultado del efecto de la fuerza ilocucionaria que trajo el reconocimiento público a las narrativas feministas sobre las vidas de las mujeres. Las muchas teorías que las feministas han elaborado constituyen un “cuerpo narrativo” de varios niveles: es un discurso poderoso, que se ha desplegado en las varias técnicas de contar historias, en novelas y libros en general, en películas y en los programas de televisión, en periódicos y prensa escrita. Estas construcciones performativas sobre la identidad de las mujeres han tenido éxito porque han tenido la habilidad y la imaginación de dirigirse a transformar las estructuras simbólicas y lingüísticas de la fragmentada esfera pública. Ellas han estimulado la aparición de nuevos públicos alternativos que han generado una retroalimentación positiva a estas narrativas, que exigen ahora que el “interés general” se enfoque desde las nuevas historias de justicia y solidaridad. Estas formas performativas de generar espacios para las demandas de reconocimiento de las mujeres se han logrado a partir de una lucha cotidiana por redefinir “nuestros” hábitos y transformar simultáneamente nuestras instituciones y nuestra cultura. Metafóricamente, estas narrativas han ocupado cada uno de los espacios donde ha habido alguna mujer, todos los rincones de nuestros problemas cotidianos vistos a través de los ojos de alguna de ellas, toda la estructura de la sociedad desde donde las mujeres fueron marginadas. El alto impacto de esta autoconciencia adquirida aporta suficiente evidencia para convencernos de que las problemáticas de la justicia y la vida buena están íntimamente entretnejidas.

En términos históricos, deseo localizar el inicio de este esfuerzo por construir una nueva teoría del reconocimiento en las formas nuevas en que las mujeres participaron a través de la transformación del orden simbólico y en el lenguaje escrito.³ En las narrativas femi-

³ Joan Landes, cuyo trabajo ha sido de gran importancia para los estudios feministas dentro de la esfera pública, define así la conceptualización habermasiana: “Anticipando a lo que Stephen Greenblatt ha denominado como ‘auto-diseño’, Habermas

nistas contemporáneas acerca de esta participación previa, no es accidental que el enfoque se localice en el logro de la Revolución francesa de “la ciudadanía universal masculina”, pues es allí, precisamente, donde la palabra “igualdad” apareció primero. Una de las intervenciones ilocucionarias más importantes puede encontrarse en el trabajo de Joan B. Landes, que ha sido concebido no sólo como una investigación histórica, sino como una poderosa re-narración que sitúa la aparición de las mujeres en la esfera pública durante la época de la Revolución francesa. El libro de Landes, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*,⁴ en su primer capítulo, se concentra en las *salonnières*, las mujeres que, durante un punto de ruptura en la historia y en la lucha política más intensa, encontraron formas de convertirse en creadoras de formas culturales y de una educación más universal. Estos esfuerzos generaron formas nuevas de movilización e interacciones sociales entre hombres y mujeres; al mismo tiempo que la creación de un orden simbólico que concibió a las mujeres como la “otredad” muy especial.⁵ Landes da

describe la interacción entre los códigos de intimidad característicos de la ficción (la novela), las formas de subjetividad que eran adecuadas a la letra impresa y el llamado de la literatura a ampliar los espacios de lectores. De igual forma, al apropiarse los aspectos del relato de ‘la autoridad de la familia’ de la Escuela de Frankfurt, Habermas concluye que el complejo experiencial de la audiencia orientada a la privacidad afectó la dimensión política de la esfera pública”; “The Public and the Private Sphere: A Feminist Reconsideration” en Johanna, Meehan (comp.), *Feminist Reading Habermas: Gendering the Subject of Discourse*, Nueva York y Londres, Routledge, 1995, p. 95.

⁴ Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1988.

⁵ Landes afirma: “Insisto en que en el siglo XVIII se encuentra un punto de ruptura para las mujeres en la construcción de la identidad moderna: las oposiciones público-privado fueron reforzadas en formas en las que se impidió continuar con prácticas más libres para las mujeres en la calle, en el mercado, y para las mujeres de elite, en los espacios públicos de la corte y del hogar aristocrático. Pero también necesitamos dar cuenta de la emergencia de una institución social muy relevante en la que las mujeres ejercieron un grado de poder considerable, sin precedentes en eras anteriores. Las mujeres aparecieron para organizar, de acuerdo con ciertas reglas fijas del comportamiento y el discurso, un terreno en el que los modales y la conversación fueron definitivamente alterados. En los salones, los hombres de la aristocracia se mezclaron con los escritores, artistas, académicos, hombres de negocios, abogados y oficinistas. Un nuevo patrón de intercambio existió entre los hombres educados y las mujeres letradas que funcionaron no solamente como consumidoras, sino también como proveedoras de la cultura”, *ibid.*, p. 22.

un paso sin precedentes al considerar en forma mucho más amplia que los historiadores en el pasado, la importancia de los papeles performativos que jugaron las mujeres en la sociedad de los salones. En su nueva narrativa feminista, los “salones y sus anfitrionas” se convirtieron, respectivamente, en las escuelas y maestras que impartían el estilo apropiado para la socialización de la Ilustración. Landes señala cómo los filósofos de entonces, al referirse a las virtudes y habilidades de las mujeres, resaltaban siempre su destreza para la conversación y la socialización. En su reconfiguración narrativa empero, Landes enmarca esas mismas cualidades —que fueron consideradas como las “diferencias” muy específicas que hacían de las mujeres una “especie” muy particular— dentro de una nueva historia que sugiere que no eran, de ninguna manera, rasgos de frivolidad, sino más bien una “fuerza social” —muy importante—; “que fortalecían (la dinámica) de integración de nuevos individuos dentro de la elite”.⁶ Landes narra esta nueva historia en que las mujeres de los salones crearon los canales para reconocer la relevancia de un autor específico, que les permitió entrar en el mundo social de la élite donde podían considerarse interesantes y valiosas. Las características que llevaron a los filósofos a pensar sobre las mujeres como una especie diferente⁷ son reinterpretadas ahora como las habilidades maestras de mujeres cultivadas. Esta nueva competencia les permitió estructurar formas más complejas del lenguaje, la historia, la mitología y el drama, de tal forma que sus demandas de reconocimiento descansaban en el poder de articular dos esferas de validez: la estética y la moral. Ciertamente, la “verosimilitud” —dice Landes— estaba en el fondo de esta interacción, e insiste acerca de la importancia de la literatura en las vidas personales y viceversa: “Los retratos verbales que surgieron de los juegos en los salones dieron lugar a las novelas, mientras que las novelas y otros materiales impresos se leían en voz alta dentro del salón”.⁸ Fue a partir de

⁶ *Ibid.*, p. 25.

⁷ Landes afirma: “Por tanto Diderot acusa a las mujeres de suprimir el reino de los argumentos razonados, mientras que Rousseau se preocupa acerca de la habilidad perdida del habla en un mundo de gran significación humana”, *ibid.*, p. 45.

⁸ *Ibid.*, p. 25.

esta interpenetración de esferas de validez que estas *salonnières* se convirtieron en “mujeres públicas”. Ellas fueron parte de un nuevo *ethos* de sociabilidad que ya no las marginaba al espacio doméstico. Landes muestra que tales salones fueron un “fenómeno único”, donde las líneas entre lo público y lo privado fueron borradas temporalmente por razones históricas específicas. Una interpretación muy similar de los salones de Berlín fue realizada hace sesenta años (1932) por Hannah Arendt. A pesar de la resistencia de Arendt al feminismo, ella misma hizo una contribución ilocucionaria importante en favor de las mujeres, rastreando la temporal desaparición de la diferenciación entre lo público y lo privado en los salones culturales alemanes. Estos esfuerzos históricos y filosóficos, pueden verse como nuevas narraciones que contribuyen a la reconstrucción y recuperación de los papeles excepcionales que jugaron las mujeres en la expansión de lo universal en el pasado.

Vale la pena hacer notar la doble reflexividad de esta situación. El hecho es que las mujeres se hallaban involucradas en crear un nuevo proceso de autocomprensión en el periodo de los salones. Y esta forma novel se entreteje ahora dentro de una nueva narración histórica, la cual, a su vez, se convierte en un discurso performativo de reconocimiento. Las mujeres tuvieron primero que considerarse a sí mismas como sujetos de interés y a sus vidas como algo valioso para poder narrarse a través del discurso feminista contemporáneo que busca la posibilidad del reconocimiento en el *interés público*. El éxito, sin embargo, radica en el hecho de que se utilizan estas historias recuperadas del pasado para re-narrar el espacio femenino del silencio y del olvido.

En aquel momento de ruptura, ocurrido hace dos siglos, la literatura devino la fuente más importante de una dinámica nueva de retroalimentación entre lo público y lo privado y en la reconfiguración de los valores. Las mujeres tenían acceso a la lectura, pero lo más importante fue que las mujeres se encontraron con la oportunidad de escribir y escribieron fundamentalmente acerca de sí mismas. Algunas lo hicieron a partir del género novelístico y otras, por primera vez, dejaron de ser el modelo de los autores masculinos y se convirtieron en sus propios sujetos. Las vidas de las mujeres se convirtieron en autobiografías morales en demanda de reconocimiento con el objetivo de renegociar las fronteras entre lo público y lo privado. Las

autobiografías privadas que interrelacionaron la intimidad y la vida pública se convirtieron en objetos noveles y de interés, tal y como los dramas épicos del pasado fueron antes vitales para construir la identidad de naciones. Como ejemplo de estas narrativas históricas de transición tenemos, *Las Confesiones* de Rousseau y la afirmación de Goethe acerca de la clara interconexión entre su vida y su obra. Posteriormente, Kierkegaard dejaría asentado que su confesión pública era una forma ética específica de entender las limitaciones propias. Todos estos casos son hoy muy conocidos. Lo nuevo es la reconstrucción narrativa que apunta al hecho de que las mujeres como actores sociales propusieron una autocomprensión moderna de los sujetos políticos y con ello sentaron las bases de un "nuevo comienzo" narrativo.

En los relatos del pasado de estas escritoras feministas, la vida misma, la vida como un todo potencial, se convirtió en el centro de investigación en contra de las definiciones dicotómicas con las que nos encontramos entre lo universal y lo particular, en la razón como opuesta a los sentimientos, en lo natural como diferenciado de lo artificial y, finalmente, en lo masculino representando a lo "igual" y lo femenino como la representación del "otro". Ya que el discurso dicotómico impuesto limitó el acceso de las mujeres a lo público, encontramos que estas narrativas escritas por mujeres aportan por primera vez un nuevo enfoque de la modernidad que pugna por una forma más compleja de conceptualizar a los seres humanos.⁹ Mediante la reconstrucción de este esfuerzo, las historiadoras contemporáneas han creado una narrativa que provee de una nueva reflexividad y permite a las mujeres y a los hombres contemporáneos adquirir formas más creativas de entender la vida en relación con la constitución de identidades éticas.¹⁰

⁹ Ver, por ejemplo, la elocuencia de la afirmación de Mary Ryan cuando afirma que necesitamos "insertar a la mujer y al género en el espacio histórico de lo 'público'"; *Women in Public: Between Banners and Ballots, 1825-1880*, Baltimore y Londres, John Hopkins University Press, 1990, p. x.

¹⁰ Landes afirma: "Ya he hecho la observación de hasta qué punto las mujeres fueron buenas en las categorías del discurso y la palabra escritas; como resultado de esta excelencia, ayudaron a configurar una estética de la preciosidad o de la mundanidad" (las cursivas son mías), *op.cit.*, p. 53.

La nueva curiosidad acerca de la intimidad, la privacidad,¹¹ la singularidad y, sobre todo, acerca de lo irremplazable de uno mismo al describir estos hechos, fue creada a partir de las situaciones históricas específicas en las que se desdibujó la estricta barrera entre lo público y lo privado. Esta ruptura no fue solamente vivida a través de la literatura imaginada, sino también interaccionalmente de lo vivido socialmente a partir de la participación de las mujeres en la configuración de estos salones.¹² Reparemos, por ejemplo, en cómo Hannah Arendt concibe los eventos de los “salones” de Berlín: “Porque los salones eran un territorio socialmente neutral”, las mujeres, y especialmente las mujeres judías, tenían un acceso especial a ellos porque “para empezar ellas se encontraban fuera de la sociedad”.¹³ Arendt muestra que Rahel Varnhagen, al separarse del romanticismo, fue la primera en establecer el culto a Goethe, aduciendo que él fue uno de los primeros autores en cultivar el interés de la gente por la vida íntima. Esto coincidía, por supuesto, con la visión que Goethe tenía de sí mismo, pues él no veía diferenciación entre el desarrollo de su vida narrada y la evolución de su habilidad de escritor. La literatura devino fuente de auto-educación, especialmente —dice Arendt— para aquellos “cuyas tradiciones sociales habían sido sacudidas”. Al mismo tiempo, la literatura, más que otra actividad, se convirtió en el canal para buscar la aceptación de otros a través del “destino” particular de la vida propia. Esto no ocurrió “naturalmente”, como nos recuerda Arendt; más bien fue el resultado de “tomar la vida privada seriamente, una realidad que aparece más compatible por naturaleza para las mujeres que para los hombres y que se reveló en lo público como lo ilustra la forma desvergonzada de [la] *Lucinde* de Schlegel”.¹⁴

¹¹ Landes aduce que: “El hábito de escribir cartas fue otra de las manifestaciones importantes de esta nueva forma simbólica de la cultura. En las cartas, las mujeres y los hombres exploraron su *subjetividad única* y la compartieron íntimamente con el Otro simpatizante”, *ibid.*, p. 62.

¹² Landes, otra vez, dice: “El salón ofrecía una forma de evadir el problema de la censura a través de las discusiones públicas en privado”, *ibid.*, p. 57.

¹³ Hannah Arendt, “Berlin Salon” en *Essays in Understanding 1930-1954*, editado por Jerome Kohn, Nueva York y Londres, Harcourt Brace & Company, 1993, p. 58.

¹⁴ Arendt se refiere a la novela escrita por Schlegel, donde el desarrollo del carácter de *Lucinde* yace en la intensidad y la importancia dada a las dimensiones de intimi-

Está comprobado el hecho de que Rousseau estaba muy consciente de esta conexión y que por esta razón se dirigió específicamente a las mujeres acerca de cómo debían ser educadas y cómo debían preservar su valor.¹⁵ Sin embargo, Landes lo resitúa dentro de una nueva narrativa al describirlo por primera vez como el “sucesor literario de madame Sévingé”.¹⁶ Landes afirma que fue madame Sévingé quien abrió el espacio interior donde la identidad personal devino en objeto valioso de atención y de auto-creación. Arendt está de acuerdo con esta visión, especialmente al sugerir que en 1790 “todo lo íntimo adquirió carácter público; todo lo público devino íntimo”.¹⁷ Porque la vida privada pudo escapar de la prohibición que después le fue reimpuesta, le fue otorgada una cualidad objetiva a lo íntimo y a lo personal, en el ámbito de “la vida real”: “Desde esta actitud emerge la historicidad personal que hace que la vida propia, los datos que pueden grabarse en una secuencia objetiva de eventos, cualesquiera que éstos sean”,¹⁸ sean eventos históricos transformadores. Las narrativas se convierten en una nueva *Ausbildung* colectiva. Esta extraordinaria visión de Arendt acerca de la validez de las narraciones señala que no importaba realmente que “esos datos” fueran ficticios. El hecho es que aparecían al público como “auténticos”, o para decirlo en términos de Landes, lo que verdaderamente importaba era la “verosimilitud”. El tono devino más acorde con la dimensión de la autenticidad, que el de una evidencia empírica real, lo cual fue posible gracias a que las mujeres forzaron la barrera de la imaginación y crearon diferentes perfiles de lo que era interesante capturar en su lucha por ser mujeres. Las mujeres pensaron en la “comunicación” como una forma de soportar el dolor, la discriminación, la soledad y la falta de comprensión. Pero obtuvieron, en su

dad y privacidad. Arendt también alude al hecho de que una narrativa como la *Lucinde* de Schlegel sería considerada como un producto típico de una mente femenina, si este giro en la literatura y la subjetividad no hubiera tenido lugar, *ibid.*, p. 61.

¹⁵ Ver, por ejemplo, el capítulo de Landes, “Rousseau’s Reply to Public Women”, en *Women in the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, pp. 66-89.

¹⁶ *Ibid.*, p. 63.

¹⁷ Arendt., *op. cit.* p. 61.

¹⁸ *Ibid.*

lugar, como “portadoras de vida”, la solidaridad pública, la consolación y la empatía. En suma, se fortalecieron a través de la efectividad performativa de su reclamo por el reconocimiento,¹⁹ y al hacerlo, revirtieron las imágenes derrotistas de las mujeres como “víctimas”. Al presentarse a sí mismas como mujeres fuertes confirmaron la validez de sus demandas. Esto se logró a través de una conexión entre la creación de ficciones y la demanda ética que estaba implícita en ellas. Al relacionar las esferas normativa y estética, las mujeres escritoras ampliaron las fronteras de la subjetividad y encontraron formas nuevas de ser percibidas por los hombres, distintas de las imágenes devaluadas de lo “femenino”. Al representar la vida como una auténtica lucha, las mujeres hicieron efectivos sus reclamos de reconocimiento.

Los salones de Berlín desaparecieron en 1806 y las mujeres y los judíos regresaron al territorio de la esfera privada. En Francia, estas intervenciones públicas de las mujeres también terminaron porque, como nos dice Landes, los hombres temieron la “atmósfera feminizante”²⁰ de los años previos. En su narrativa contemporánea, Landes documenta la batalla ideológica en contra de los salones. Reformados como formas masculinizantes, los salones adquirieron los rasgos masculinos que se asocian con los clubes y las ligas patrióticas, y perdieron la configuración de la ruptura con la tradición que los salones habían introducido como “niveles de igualdad”. Mientras los salones desaparecían, la literatura, que había sido la gran arena pública en donde las mujeres desplegaron la dimensión de sus luchas, continuó alimentándose poderosamente de las fuentes de la esfera privada. Así, la literatura del siglo XIX escrita por mujeres ofreció formas comunicativas que transformaron las imágenes que las mujeres tenían de sí mismas.

¹⁹ “Ciertamente —dice Landes— las cartas de Sévigné tuvieron un gran impacto en los escritores militantes como Voltaire, Diderot y Rousseau, todos ellos practicantes de la actividad epistolar como forma privilegiada de la expresión literaria”, *op.cit.*, p. 63.

²⁰ Landes expresa este punto de vista: “Prácticamente todo se pervirtió, pero fueron peores las consecuencias políticas de esta exagerada atmósfera feminizante: un rey y un reino gobernados por mujeres”; *ibid.*, p. 33.

Quiero señalar que al crear nuevas narrativas, que a su vez promovieron diferentes interpretaciones sobre la identidad de las mujeres, y al ampliar la concepción de género al de humanidad, “las fuerzas ilocucionarias” funcionaron en la esfera pública permitiendo constituir un conjunto de historias que hoy constituyen la trama de un nuevo relato. Estas fuerzas consisten en vías nuevas de concebir las formas políticas que tienen que ser imaginadas antes de conseguir ser reales. Al “recuperar” el papel que las mujeres jugaron en el pasado, al tomar en serio las maneras en que concibieron sus vidas como luchas por la auto-clarificación, las narrativas contemporáneas ganan “fuerza ilocucionaria” no sólo al incrementar la auto-estima de las mujeres sino al transformar la concepción universal de quiénes somos. Sin embargo, a pesar de que son una fuerza pública, estos nuevos argumentos deben ser entendidos como textos. Estos textos han adquirido poder porque pueden transmitirse dentro de un marco institucional, dentro del mismo espacio público, producto de los ideales normativos de la Ilustración, que ahora se concibe con carácter dialógico. La combinación de los textos narrativos reconfigurados, los espacios institucionales públicos y los estándares dialógicos normativos, han remodelado no sólo los hábitos de las mujeres, sino también los de los hombres, y con ello, han promovido la creación de un lenguaje diferente.

Esta respuesta, esta comprensión dialógica producida por estos reclamos, ha comenzado a ocupar los espacios de otras narrativas y ha permitido una integración de estas perspectivas en relación con las mujeres. Examinemos, por ejemplo, la narración acerca de madame de Staël, primero en la interpretación de David J. Denby, un crítico contemporáneo que escribe acerca del “orden sentimental” de finales de los siglos XVIII y XIX. Y pasemos luego a analizar un trabajo anterior acerca de Staël escrito por Madelyn Gutwirth, una crítica literaria feminista. Deseo demostrar cómo las visiones feministas están integradas en el trabajo crítico de Denby, quien necesita de estas fuentes para desarrollar su propio argumento acerca de la comprensión nueva de que los sentimientos jugaron un papel muy importante en la profundización de la subjetividad de los seres humanos. Denby argumenta, por ejemplo, que el ensayo de madame de Staël, *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des Nations* (publicado en 1792) “apunta al cambio que parte del sentimentalismo

en la esfera privada, concebido como una fuente no fiable y producto de la infelicidad, hacia un cultivo del sentimentalismo en la esfera pública, donde podía ser las bases de los valores civilizados liberales".²¹ La afirmación más importante que hace Denby es que madame de Staël se escapaba de los valores de los *Ideologues* —que habían estructurado la división público *versus* privado— y que en su trabajo de ficción ella pudo tomar “la retórica sentimental dominante [y] empujar este legado más lejos llevándolo en la dirección de la innovación y la renovación”.²² Denby se concentra también en los géneros de moda de las novelas escritas y las cartas, y son ellas las que le permiten demostrar cómo se convirtieron en fuentes vitales de configuración de nuevos valores. La alabanza a la comunidad de lectores que hizo Diderot logró que Francia fuera uno de los primeros países en tener una idea de la importancia de este “público especial”. A través de su experiencia como escritora, madame de Staël provee de las mejores ilustraciones acerca de lo que eran estas comunidades: “Madame de Staël dota de un brillo preciso a la noción de comunidad”, explica Denby, “al cual amplía desde el nivel personal de las relaciones hasta el de la *opinión pública*, luego a la nación y, quizá metafóricamente, hasta un sentido más amplio de la *patrie* [...] La visión de la elocuencia de madame de Staël está ligada a la noción de comunidad, pues la elocuencia también es eminentemente social, es una forma de actividad comunicativa”.²³ En este concepto de “elocuencia” podemos reparar en el paso que Denby da, al destacar un rasgo relacionado con la configuración de un discurso público. Al utilizar la vía de la “elocuencia”, madame de Staël establece un puente entre los espacios íntimos, entre el hablante y el oyente, ampliando los límites de la comunidad y promoviendo el fortalecimiento de las mujeres en él. Con la estrategia que desarrolla desde el poder del sentimiento, busca una clase de consenso *racional*.²⁴ Cuando se refie-

²¹ David, Denby J., *Sentimental Narrative and the Social Order in France. 1760-1820*, Cambridge, Massachussets, Cambridge University Press, 1994, p. 198.

²² *Ibid.*, pp. 198-199.

²³ *Ibid.*, pp. 204-205. (Las cursivas son mías).

²⁴ Y al hacerlo, dice Denby, ella también logra “transformar esta tradición [la sentimental], sin desmedro de su gran talento literario. La transformación es tanto intelectual como estética”, *ibid.*, p.xv.

re a la novela epistolar y argumenta que su especificidad es “observar al corazón humano”, algo trascendente está en juego, algo que tiene que ver con la forma como la verdad aparece en público. Cuando uno lee acerca de los problemas y los corazones de otros y constituye con aquél una comunidad en el acto de lectura —“la comunidad de lectores”— la comprensión recíproca y el reconocimiento devienen las bases de una comunidad en una forma más poderosa.

Sin embargo, no es sólo a la defensa de Denby del orden sentimental en el trabajo de madame de Staël a la que quiero referirme, sino a las fuentes que él utiliza. La valoración de Denby se deriva de una lectura feminista de la *Delphine* de madame de Staël hecha por Madelyn Gutwirth, quien escribe que “el sufrimiento de una mujer, quien desea ser más de lo que la sociedad le permite” es lo que llevó a la novela a atraer la atención pública. La respuesta de madame de Staël a estos sentimientos, en la visión de Gutwirth, es desafiar al modelo sentimental basado en la domesticidad y el ideal del autosacrificio y la devoción: “Si ésta es tu imagen de la feminidad real, yo te enseñaré lo espléndido que puede ser, pero qué poco es deseado por tu sociedad si se toma en serio como un ideal”.²⁵ Gutwirth añade que “este trabajo consagra su comprensión post-revolucionaria de que ella no debe *presentarse a sí misma ni a ninguna mujer como su heroína*”.²⁶ Para madame de Staël, ir más allá de degradar al sentimentalismo era alcanzar una expresión más elocuente, una forma más real de adquirir poder.

Patrick Joyce, en su libro *Democratic Subjects. The Self and the Social in Nineteenth-Century England*,²⁷ en forma similar, esboza su tesis acerca de las narrativas tomando como fuentes varios trabajos feministas. Joyce pone especial atención en la importancia del género en el análisis de Lynn Hunt, y particularmente, en cómo ella lo conceptualiza en términos narrativos. Al colocar en el centro de su análisis al orden simbólico en la forma de narrativa, y como centro también de la política, dicho libro ilustra el camino de lo que ese

²⁵ Madelyn Gutwirth, *Madame de Staël, Novelist. The Emergence of the Artist as a Woman*, Chicago y Londres, Urbana, 1978, p. 150.

²⁶ *Ibid.* (las cursivas son mías).

²⁷ Cambridge, Massachussets, Cambridge University Press, 1994.

trabajo ha intentado explorar. Hunt demuestra cómo fue necesario para las formas políticas de la revolución el poder ser imaginadas previamente para poder llegar a realizarse —Joyce comenta que éste es precisamente el espíritu de su estudio “democrático”. Hunt sugiere que el romance familiar, en el escenario de la revolución, propone su propia dinámica, y que la narrativa de la revolución necesita ser escrita alrededor de este romance. Esta dinámica le otorga a la narrativa un papel autónomo.²⁸ Joyce también incorpora en su análisis de la democracia el uso de la narrativa “de género sexual” que hace Judith R. Walkowitz en el periodo histórico del Londres victoriano. Con otras palabras, Joyce fundamenta su perspectiva democrática más subjetiva y simbólica en las narrativas feministas acerca del género. “*La cultura política que describo a continuación estaba profundamente sesgada por el género, tanto como la esfera pública en la que operaba*”.²⁹ El libro de Joyce, como el de Denby, ilustran las respuestas dialógicas que han surgido de la reconstrucción narrativa de las feministas.

Existen otras reacciones similares en las ciencias y las humanidades que pueden citarse como ejemplos de este diálogo, y es evidente que la “fuerza ilocucionaria”, que se deriva a través de la transformación de la narrativa de género, ha tenido un impacto importante en los valores y las categorías que se utilizan ahora para tratar las dimensiones sociales, políticas y éticas de la vida humana. En los territorios de la filosofía política y de la ética, por ejemplo, el pensamiento feminista acerca de las nuevas relaciones entre lo público y lo privado ha jugado un papel muy importante en la necesidad de interrelacionar diversas tradiciones o “escuelas”. Seyla Benhabib ha luchado por re-enmarcar las mejores visiones de Hannah Arendt dentro de un perfil hermenéutico,³⁰ insistiendo en relacionar a la pensadora política con su identidad privada de mujer judía. Al mis-

²⁸ *Ibid.*, p. 157.

²⁹ *Loc. cit.*

³⁰ Ver, por ejemplo: Seyla Benhabib, *Situating the Self: Gender, Community and Postmodernism in Contemporary Ethics*, Nueva York, Routledge, 1992. De la misma autora: “La Paria y su Sombra: Sobre la invisibilidad de las mujeres en la filosofía política de Hannah Arendt”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, UAM/UNED, núm. 2, pp. 23-39. Está también por aparecer un libro monográfico sobre Hannah Arendt.

mo tiempo, Benhabib pretende revisar el trabajo habermasiano de la esfera pública proponiendo la categoría del "otro concreto" surgido a partir de las nociones de la vida familiar y de la esfera privada. Por otro lado, desde el punto de vista feminista, Nancy Fraser critica a Habermas por su estrecha concepción de lo público como algo homogéneo.³¹ Su llamada a concebir lo público como una concepción compleja y heterogénea, compuesta por varios segmentos de diversos públicos, y los espacios históricos en los que éstos interactúan, ha llegado a ser uno de los textos que más influencia ha ejercido en las teorías recientes de lo público. Fraser muestra la importancia de la dimensión dialógica de la democracia, que permite utilizar las estructuras institucionales para nuestras diversas demandas de reconocimiento.

En las disciplinas históricas y literarias que se han abocado al estudio de la Revolución francesa, los trabajos feministas, de entre los cuales he tomado algunos ejemplos en forma extensa, han tenido un gran impacto en la historiografía al cuestionar críticamente los "lugares comunes" del pasado. Para una visión más amplia sobre este problema, uno sólo tiene que prestar atención al trabajo de Dorinda Outram, *The Body and the French Revolution*,³² o al ensayo de Carla Hesse donde afirma que "la historia social de las mujeres ha sido re-escrita como una meta-historia de las categorías sociales".³³

Los distintos esfuerzos académicos que he discutido aquí pueden verse como una red feminista de historias que han desarrollado imaginativamente nuevas formas de entender quiénes somos y el papel que el género ha jugado en las tradiciones históricas y culturales acerca del pensamiento sobre la igualdad, la democracia y el reconocimiento. Al hacernos conscientes del fortalecimiento que estas narrativas han potenciado, las mujeres no sólo han tenido éxito al presentarse como seres merecedores de reconocimiento, sino que también han permitido cristalizar el modelo que he llamado "ilocucionario".

³¹ Nancy Fraser, "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy", *Social Text*, núm. 25-26, pp. 56-80.

³² New Haven, Yale University Press, 1989.

³³ Carla Hesse, "Kant, Foucault, y Three Women" en *Foucault and the Writing of History*, Jan Goldstein (comp.), Oxford y Cambridge, Blackwell, 1994, pp. 81-97.